



XII

Jesucristo Sacramentado, Modelo y Espejo de perfección.

Speculum sine macula.
Espejo sin mancha.
SAP. VII, 26.

1. Es el hombre de condición tan admirable que en el aprecio de las cosas se contrabalancean su espíritu y su materia. Ni enteramente espiritual ni del todo material, sino compuesto maravillosamente de ambos, el ser humano, al pretender indagar y comprender un asunto puramente espiritual, se siente arrastrado de un enorme peso que le impide, relativamente á sus conocimientos particulares, elevarse á formar consideraciones sutiles y perfectísimas sobre el propio asunto; por el contrario, cuando trata de cosas puramente materiales en las cuales el ser irracional no ve más que la superficie de las cosas, el espíritu, elevándose á su alta esfera, descubre razones más ó menos graves, también relativamente á su ilustración, que terminan por declararle cuál es aquel objeto y cuáles también las relaciones existentes entre él y la entidad personal, entre él y los demás objetos. ¡Hermoso equilibrio del compuesto humano, merced al cual, ha sido colocado el hombre á un nivel más bajo que el del ángel, pero mucho más alto que el del bruto!

2. Previa estas ideas, Jesucristo, sapientísimo conocedor de la naturaleza humana, que consideraba esta armóni-

ca ley en el hombre, y no ignoraba las consecuencias felicísimas que de ella podrían conseguirse si llegaba á ordenarla, determinó, en su misericordia sin límites, concederla un modelo perfectísimo, de tal manera que viera en él un modo práctico de llevar á la ejecución los mandatos divinos. El espíritu y la materia del hombre se equilibrarían aquí, cuando cada uno de ellos propendiese á su centro; el hombre vería con los ojos del alma y con los del cuerpo, y esa doble vista daría mucha más fuerza á las operaciones humanas en orden al último fin.

Mas ¿cuál es este modelo perfectísimo sino Jesucristo Sacramentado, patente á nuestros ojos en el Sagrario, á quien el Padre constituyó asimismo brillante espejo de perfección cristiana, y en el que podemos ver nuestras interioridades y los defectos así como las virtudes de nuestra alma? Jesucristo, sí, con todos los caracteres, con toda la belleza, con toda la eficacia de un amor visible, es el que se nos presenta en el Sacramento *como perfecto modelo y espejo sin mancha de virtudes cristianas*; por cuya razón necesario será que estudiemos á Jesucristo bajo este doble título eucarístico.

§. I.

3. Es doctrina del Apóstol que el eterno Padre constituyó á su divino Hijo por primogénito de toda criatura (1). Jesucristo es, por consiguiente, antes de todas las cosas existentes y posibles; y así como Él es el bello tipo, la ejemplar norma y el modelo único de la resurrección de los mortales, porque es el primogénito de los muertos (2), y á su imitación han de resucitar los suyos, así también es el exclusivo modelo de la vida que deben practicar los hombres, porque asimismo es primogénito de toda criatura viviente. Por manera que el Salvador tiene por derecho propio el primado de todos los seres, ya que todos estos fueron creados por Él, en atención á Él, y subsisten por Él y en Él mismo.

(1) Colos. I, 15.

(2) Id. id. 18.

En consecuencia, Jesucristo es la norma particular de los que anhelan seguir sus doctrinas, los cuales en tanto se salvarán, en tanto conseguirán el cielo en cuanto conformaren su vida con la vida del Hombre Dios, en cuanto ajustaren sus acciones á las prácticas de Jesucristo; y no hay que forjarse ilusiones, porque el que en el término de su carrera no se hubiere perfectamente vaciado en el divino molde, su perdición eterna es segurísima.

1. Éste fué el deseo del Padre al mandar su Hijo al mundo; debía, no sólo redimirle, sino también ser su modelo perfectísimo; y ved ahí por qué diga S. Bernardo que si Cristo se humilló, tomando forma de siervo, fué para dar sublime ejemplo á la soberbia humana y que ésta tuviese en adelante á Jesucristo como norma acabada de la cual pudiese copiar las virtudes de que carecía. El texto de la Ley Evangélica es de sí bastante luminoso para acreditar que el Salvador cumplió al pie de la letra el precepto de su eterno Padre; sus palabras, su oración, sus prácticas, sus tormentos no fueron otra cosa que hermosísimos ejemplos para el hombre. Pero ved ahí que este hombre carnal exige todavía más, porque aun cuando le basten todos aquellos testimonios, empero quiere tocar por sí mismo el Modelo divino, y de ahí que Dios, condescendiendo con las miras del hombre, pensó en darle el Sacramento inefable de los altares, donde, subsistiendo el Dios Hombre realmente, se manifiesta ante los ojos cristianos como singular modelo de perfección, y al propio tiempo como espejo visible en el que todo cristiano puede en cualquier tiempo mirarse y recoger en sí mismo los bellos fulgores del Salvador.

Jesucristo, ciertamente, desde el trono eucarístico y tras los niveos cendales de las Especies consagradas, se ostenta á los ojos de la fe con todas las virtudes que practicara durante su mortal vida, y con varias de las hermosas perfecciones que le distinguen, donde la profunda humildad, el sepulcral silencio, la invicta paciencia, la infinita misericordia, el tierno amor y hasta la severa justicia y la divinidad sublime, brillan con aquellos gratos esplendores

que si le hubiéramos visto conferenciar con las muchedumbres, donde todo lo que allí notamos se manifiesta extraordinario, todo lo que allí percibimos se declara elocuente, todo lo que allí admiramos está revestido de encanto y de gloria.

Ha dicho S. Agustín, que el hombre animal no percibe las cosas que son de Dios; y con efecto: el materialista, el racionalista y, en general, el impío, demasiado amadores de su propio juicio y despreciadores en extremo de la razón divina, no pueden por menos que ignorar las cosas del cielo, los secretos del Altísimo; no pueden por menos de vivir en este mundo desapercibidos de los carismas sobrenaturales, porque hacen insensata é irracional profesión de no creer á Jesucristo, que habla por boca de su predilecta Esposa la Iglesia. Estos hombres, que no merecen el calificativo de racionales, puesto que se niegan á elevar sus ojos hacia lo alto, tienen por precisión que clavarlos habitualmente en el suelo á la manera que los irracionales, y aspirar y gozarse como éstos en los objetos groseros del siglo. No creen más que en lo que ven los ojos materiales; de ahí que en sus obras pretendan asemejarse únicamente á la materia. Su aspiración es gozar; su ideal es el placer; sus goces la sensualidad; su vida la materia. Como no han mirado al cielo han debido copiar del suelo, que se les ha presentado como espejo de las cosas terrenas; pero, ¡ah! si hubieran pensado una vez siquiera que en el hombre existe un espíritu que le informa y se hubieran dejado llevar de sus naturales elevaciones sin torcerlas hacia ningún lado, hubieran creído en el cielo y en Jesucristo y en su gracia y en sus sacramentos, canales limpios por donde esta gracia se comunica. El hombre cristiano, por el contrario, siguiendo los impulsos del espíritu, ha clavado sus ojos en el cielo de donde ha bajado el Salvador para ser nuestro consuelo en la Divina Eucaristía, y sus ojos siguen el curso que lleva el Salvador eucarístico, quien, mostrándose francamente á nuestro entendimiento, iluminado por la resplandeciente antorcha de la fe, le vemos como es y nos vemos nosotros en Él, según

nos ha trazado el dogma de la Iglesia santa. Jesucristo Sacramentado en esta ocasión se transforma en espejo purísimo del alma, y nosotros podríamos con propiedad repetir las palabras del Apóstol: «Ahora le vemos por medio de espejo y como en enigma, mas después, en la eternidad, le veremos cara á cara (1)».

El Señor, además, nos invita amorosamente para que nos miremos en Él, á fin de que copiemos sus bellas virtudes, y quede cumplido de esta manera el deseo del Eterno al querer que su Hijo Jesucristo fuese el primogénito de toda criatura.

§. II.

5. Á la manera que el diestro artífice que, volando en pos de los mundanos honores, descubre una imagen peregrina y procura reproducirla, valiéndose de la misma para la copia, creyéndose feliz cuando ha podido modelarla con exactitud y limpieza, de la propia manera el hombre racional, el hombre cristiano, que ha visto á Jesucristo en sus perfectas obras y desea conseguir el aplauso del cielo y de las gentes sensatas, debe anhelar por reproducir en sí mismo la hermosa Imagen, la Personalidad divina de Jesucristo, valiéndose para el efecto del Misterio eucarístico donde Jesucristo aparece con toda su gloria á los ojos del alma. Él mismo, colocándose ante nosotros nos dirige estas amorosas frases: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón»; vedme como purísimo espejo, como perfecto modelo de la virtud y del bien.

Ciertamente, Jesucristo en la Santa Eucaristía puede ser considerado como un espejo plano y limpiísimo, *espejo sin mancha*, que refleja su divina luz, sus bellas virtudes y sus hermosas perfecciones á los que en Él se miran; por manera que en la santa Hostia tienen lugar los propios efectos que en un espejo material plano.

6. Supongamos por un momento que un individuo se

(1) I Cor. XIII, 12.

coloca delante de un espejo plano; inmediatamente la superficie pulimentada refleja con regularidad su luz, y al propio tiempo queda en ella reproducida la imagen del mencionado individuo; éste ve como por encanto reproducida su propia imagen con la misma altura, color, vestido y distancia.

He ahí lo que se verifica en el Santísimo Sacramento, cuando el alma se coloca con devoción delante del Misterio eucarístico. Jesucristo refleja inmediatamente su luz y sus perfecciones; y la imagen del alma vese reproducida con todos sus minuciosos detalles, esto es, con todas sus faltas y deformidades, con todas sus buenas obras y méritos. Jesús en este Sacramento envía sus encendidos rayos al alma, y ésta comprende cuán poderoso es Dios, y conoce cuánto amor la profesa, y se persuade de que intenta transformarla en semejante á Él. El alma, á su vez, se ve reproducida en Jesucristo, descubre los pliegues de su corazón, y así como en los espejos ópticos y los objetos colocados delante de los mismos existen necesariamente leyes de relación, de la propia manera, entre Jesús Sacramentado y el alma devota tienen lugar esos grandiosos efectos de relación santa por los que Jesucristo emite luz del cielo y el alma se ve y se observa al través de esos purísimos rayos que la bañan suavemente, la abrasan íntimamente y perfectamente la purifican.

7. No por mera curiosidad, sino por utilidad y necesidad propias, debe el cristiano subir las gradas del altar santo para mirarse en el Espejo eucarístico á fin de poder copiar y resolverse á traducir en la práctica las hermosas perfecciones del Dios Sacramentado. ¡Ah! si los hombres todos nos mirásemos humildemente en este celestial Espejo, ¿cuántos no serían los ventajosos resultados que en todos los órdenes de la vida obtendríamos para asegurar la salvación de nuestras almas? Generalmente el ser humano, cuando no se mira en Jesucristo, ha de mirarse necesariamente en la profana criatura; cuando no fija su vista en el cielo, la ha de fijar en la tierra; cuando en su inteligencia, cuando en su corazón no cruzan los rayos del Corazón y de la Inteligen-

cia divinos, han de cruzar por precisión los rayos de las bajas pasiones que en lugar de purificar y abrillantar el alma la enturbian, la corrompen y le arrancan los bellos colores de la virtud cristiana. El católico, en este caso, hace el ridículo papel de los paganos, quienes, puestos de mojonos ante las áureas esculturas de sus inmundos dioses, se esmeraban por grabar en sus prostituídos cuerpos las sucias acciones que representaban y en sus degradados espíritus el rebajamiento de la dignidad humana. ¡Cuán cierto es que cuando el hombre no copia la virtud divina ha de copiar indispensablemente el vicio insensato! Se están largos ratos en el tocador, ante un plano espejo para admirar y regalar-se en la propia belleza ó para arrancar una manchilla que al fin podrá afean poco ó mucho el cuerpo; pero no se invierte ni siquiera un momento ante el bello tocador del Sagrario, oficina de espiritual hermosura, para admirar la Suma Belleza de Jesucristo, para regalar-se con Ella y también para arrancar las feas manchas de las culpas y de las imperfecciones personales que deforman el alma y la transforman en horrible monstruo! ¡Á qué estado hemos llegado!

8. Empero los que saben aprovecharse de los carismas divinos y se han acercado al Tabernáculo eucarístico para mirarse en el sublime Espejo, ¡qué impulsos tan fuertes no reciben! ¡qué toques tan celestiales! ¡qué alegría tan íntima y embriagadora! Los que fueron santos se extasiaban ante el divino Sacramento y de Él copiaban sus virtudes. Procuraban ajustar exactamente su proceder al proceder del Salvador, y entonces la felicidad de los mismos no es para descripta sino para meditada. Respiraban la misma vida; se estimulaban á las propias obras; aspiraban á idénticos fines. Jesucristo y sus siervos se atraían, se unían, se identificaban, se fundían en un mismo ser traducido en pensamientos, palabras y acciones. ¿Podían ser más dichosos que ser unos con Jesús? El mundo no entiende este lenguaje, pero ¡qué importa! No ha de ser el mundo el descanso y la recompensa del cristiano, sino el Verbo del Padre, que se nos dará en el cielo con toda la plenitud de su gloria.

9. Vayamos, por consiguiente, sin desconfianza al Tabernáculo; demos gracias á Jesús por sus beneficios múltiples; copiemos las virtudes que nos faltan y extirpemos de nuestra alma las imperfecciones que la deforman. Acostumbrémonos á morar junto al Sagrario, como lo efectuaba el V. P. Antonio Margil, quien, siendo todavía niño, pasaba horas enteras de rodillas ante el Dios de los altares, privándose del recreo y algunas veces hasta de la refección. Al menos, frecuentemos los templos para visitar á Jesús, prisionero secular, y obtener sus gracias y sus eternos premios.

EJEMPLO

El siervo de Dios Casimiro Barelo, peregrino piamontés y terciario franciscano, pasaba los días enteros, en que eran solemnizadas las Cuarenta Horas, de rodillas y arrobado en dulce éxtasis ante la presencia de la Divina Eucaristía. Preguntado por algunos curiosos cuál era la causa de permanecer tanto tiempo en actitud semejante, respondió: «Dios me revela su bondad en este Sacramento de amor y yo estaría sumergido en esta amorosa contemplación por toda la eternidad;» y preguntado de nuevo cómo estaba tantas horas sin fastidiarse, ¿le véis acaso? añadían. «No; le veo sólo en la mente y nada más, ni tampoco quiero otra cosa. Si le viere como los bienaventurados, estaría en su presencia confuso, avergonzado, sin atreverme á proferir palabra, pues siendo un pobre pecador estoy muy lejos de la perfección de los bienaventurados; pero como le veo oculto, humillado y que se deja llevar á todas partes le hablo de tú; nada me embaraza tratar con un Señor tan amante de sus hijos.»